

á las instancias demasiado duras de Bossuet, pasó la Santa Sedé á condenar las veinte y tres proposiciones extractadas de la obra de Fenelon, se sometió, como el Prelado, á la decision pontificia. Hubiera podido Lachaise adherirse á ellas antes de la sentencia promulgada en Roma: pero semejante acto no le hubiera dejado escuchar sus sentimientos particulares; y como por otro lado carecia, segun la expresion de Fontenelle, del humilde coquetismo del autor del *Telemaco*, trató de aceptarla á fuer de sacerdote sumiso á la autoridad. Acusáronle los admiradores de Fenelon de haberle sacrificado á las desconfianzas y á la aversion instintiva de Luis XIV; mientras que, mas justa en esto madama de Maintenon, aunque siempre hostil al Jesuíta, no pudo menos de escribir con fecha 13 de octubre de 1708 que «este Padre habia osado «elogiar en presencia del Rey la generosidad y abnegacion de «Fenelon' .»

Inaugurado por la galantería el siglo de Luis XIV terminaba, siguiendo en esto el curso ordinario de las pasiones humanas, por el ascetismo y la devocion. Á los torneos y cabalgatas de 1660 sucedian las disputas religiosas, sin que perdiese nada de su encanto el debate teológico en medio del ardor de las batallas, que aun sostenia gloriosamente una última generacion de valientes y denodados capitanes, tales como Villars, Luxemburgo, Contí, Vendôme y Felipe, duque de Orleans. Arnauld habia muerto en Malinas el 8 de agosto de 1694, á la edad de ochenta y tres años y en toda la plenitud de la inteligencia: jansenista durante el largo período de su existencia, espiró en brazos de Quesnel, su discípulo predilecto, el Eliseo de este Elías del jansenismo, sin retractar el error de su vida entera. De allí á poco siguióle Nicole á la tumba. Viendo Quesnel cómo desaparecian los hombres que tanto habian brillado en Port-Royal, y que durante medio siglo habian sostenido la lucha con la Iglesia y la Sociedad de Jesús, se lanzó á la arena como heredero de sus principios. Carecia, es verdad, de la belicosa elocuencia de Arnauld; no se hallaba tampoco dotado de aquella erudicion y aquel ascendiente que le habian conquistado setenta años de virtudes, encanecidos bajo el peso de los trabajos intelectuales ó las amarguras del ostracismo; pero poseia como él, en el mas alto grado, la obstinacion de un jefe de secta, y tenia además la facilidad de alucinarse á sí mis-

<sup>1</sup> Carta de madama de Maintenon al cardenal de Noailles.

mo para engañar mejor á los demás. Arnauld jamás pretendia dominar á su partido; gobernábale con el prestigio de su nombre, ó á favor de las amistades ilustres de que se rodeaba: Quesnel por el contrario, sin disfrutar ninguna de estas ventajas, pasó á crear-se otras nuevas disciplinando al jansenismo y elevándole al rango de oposicion política, cuando todo el mundo se vanagloriaba de su obediencia.

Arnauld y Nicole se habian retirado de la liza, y sin renunciar á ninguna de sus ideas, habian mostrado después de la paz de Clemente XI disposiciones mas reservadas. Pero echando de ver Quesnel que el jansenismo pereceria bajo la indiferencia, si no hallaba un medio de renovar los debates olvidados ya enteramente á favor de otros acontecimientos, á fin de evocar sobre su cabeza una tempestad que creia indispensable á sus planes, dió la señal de la resurreccion del jansenismo, diseminando unas tras otras infinitas ediciones de sus *Reflexiones morales*. Aspirando el sacerdote oratoriano á cambiar el terreno de la batalla, no quiso circunscribirla dentro de los límites en que la sostenian sus predecesores; y necesitando por otro lado atacar á los dos poderes por medio de alusiones solapadas, y atribuir á las opiniones de Jansenio un sentido que jamás tuvieran, «pasó á enseñar, dice «Schöell, todo el sistema del jansenismo en una tercera edicion «que dió en 1693 de sus *Reflexiones morales*, bajo el título de: *Nuevo Testamento en francés con reflexiones morales sobre cada versículo*. «Seducido Antonio de Noailles, obispo de Chalons sobre el Marne, por los encantos del estilo, ó engañado quizás por la aprobacion que habia dado su predecesor á la primera edicion de esta «obra, permitió formalmente su lectura en la diócesis de su cargo, expidiendo al efecto una pastoral en 23 de junio de 1695.»

Félix de Vialart, obispo de Chalons, y después de él Noailles, habian aprobado un librito que aumentándose á las proporciones de cuatro grandes volúmenes, y encerrando en sus páginas, como lo habia previsto Quesnel, una conspiracion contra el altar y el trono, pasó á multiplicarse bajo todas las formas, logró introducirse en el seno de las familias, y se vió elogiado con cierta afectacion de entusiasmo, que nada bueno auguraba para la paz de los corazones. Sospechando los Jesuitas que una obra preconizada con tanto calor por los Jansenistas no podia menos de contener algun veneno, la examinaron detenidamente, y no tarda-

ron en convencerse de la certeza de sus recelos. Trasladado en este intermedio Antonio Noailles á la silla de Paris por muerte de Francisco Harlay, esperaron los émulos de Quesnel fascinar al nuevo Arzobispo, como aquel lo habia hecho con el obispo de Chalons; pero en esta capital, y á vista de Luis XIV y los Jesuitas, encontraron una vigilancia mucho mas apercibida. Las *Reflexiones morales* contaban por su Mecenas á Noailles, que habia pasado á aprobarlas sin reticencia. El abate Barrios, sobrino de San-Cyran reprodujo su doctrina palabra por palabra en su *Exposicion de la fe acerca de la gracia*. La provocacion no podia ser mas directa. Precisado el Arzobispo á ostentar su rigor, condenó esta obra en 1696, sin observar quizás, que no hacia mas que desenvolver los mismos principios, cuyo protector se habia declarado. Los sectarios habian tendido un lazo á su buena fe, y no tardaron en hacérsela expiar, publicando un folleto bajo el epigrafe de *Problema eclesiástico al abate Boileau*; especie de sátira teológica, en que reuniendo los textos aprobados y censurados por él con algunos meses de intervalo, le entregaban bajo el velo de una erudita perplejidad á la befa pública. Ocultábase su autor, el benedictino D. Thyerri de Viaixnes, bajo el disfraz del anónimo, «imitando de tal modo, segun el protestante Schœll<sup>1</sup>, «el estilo de los Jesuitas, que varios Padres de esta Compañía se «dejaron sorprender miserablemente.»

Espíritu indeciso, carácter inconstante y voluble, aunque dotado de una piedad sincera, de ciencia dudosa y de una inmensa caridad, no se hallaba Noailles al nivel del puesto que ocupaba. Habian creído el Monarca y madama de Maintenon, que tal vez se desarrollarían sus cualidades en un teatro más vasto; pero solo parecieron acrecentarse sus defectos en las luchas que era llamado á refrenar ó dirigir. Esperando que si se mostraba conciliador y circunspecto con los sectarios obtendría de ellos alguna tregua, lo que llamaba él, segun la expresion de De Aguesseau, la igualdad de su justicia, solo logró hacerlos con esto mas audaces. Veíanle dispuesto siempre á temblar ante ellos, y esta actitud les inspiraba mayor atrevimiento. Abrigaba en su corazón una fe tan cándida en la amistad de los Jansenistas, que, cuando estos derramaron gota á gota el ultraje bajo la forma de un problema, sin inculparlos en lo mas mínimo, mucho mas cuando aca-

<sup>1</sup> *Curso de historia de los Estados europeos*, pág. 93, tomo XXIX.

haban de describirle á los Jesuitas como sus mas pronunciados adversarios, acusó desde luego al P. Daucín de la sátira de Viaixnes. La debilidad en el Prelado venía á ser un manantial inagotable de resentimientos contra los sujetos ante cuya energía temblaba: arrastrado por secretas propensiones hácia el jansenismo, que le adulaba en público mientras le hacia expiar á la sordina demasiado caras sus lisonjas, desconfiaba, como todos los caracteres débiles, de los que se creían con derecho á decirle la verdad. Los sarcasmos que contra él provocaba el *Problema* y las excitaciones de los Jansenistas enconaron mas y mas su disposicion natural á la malevolencia; y tratando de vengarse en la asamblea de 1700 que presidió, hizo condenar ciento veinte y siete proposiciones extractadas de varios teólogos. Muchas de ellas pertenecían á la Sociedad de Jesús, entre otras la del P. Mateo de Moya, que, en el *Amadeus Guimenius*, habia tratado de probar que todos los errores reprochados al Instituto estaban en boga, y eran enseñados mucho tiempo antes del nacimiento de aquel. Promovido Noailles al cardenalato en este intermedio, se volvió tambien á suscitar de nuevo el asunto del *Caso de conciencia*; otra de las intrigas del jansenismo, combatida y vituperada por Bossuet. El nuevo Cardenal debia tambien á su vez expresar su modo de pensar. Quesnel y sus partidarios, cuyo yugo pesadísimo, como el de todo partido que aspira á sojuzgar á la autoridad, se dejaba sentir cruelmente, esparcieron la voz de haberse aquel adherido verbalmente al caso de conciencia propuesto, y que por lo tanto le seria imposible desaprobárselo por escrito. El Monarca, entre tanto, deseaba poner un término á tantas discordias; y sospechando que los Jansenistas no se limitaban á meras opiniones teológicas, ó mejor dicho, creyéndolos enemigos de la monarquía francesa, pasó á exigir de su nieto, el rey de España, la prision de Quesnel y Gerberon, que se habian refugiado en Malinas, desde donde lanzaban á Francia y á toda la cristiandad la tea de la discordia. «Asegúrase, dice Schœll<sup>1</sup>, haberse hallado entre sus papeles la prueba «de los trabajos que habia emprendido esta secta para cambiar la «constitucion política y religiosa de Francia.» Y no menos explicito Voltaire que el anterior: «Apoderáronse de todos los papeles, dice<sup>2</sup>, y hallaron en ellos todo lo que caracteriza un par-

<sup>1</sup> *Curso de historia de los Estados europeos*, pág. 94, tomo XXIX.

<sup>2</sup> *Siglo de Luis XIV*, tomo III, cap. XXXVIII, pág. 133.

«tido formado.» «Dejábase ver, añade, entre los manuscritos de Quesnel un proyecto todavía mas culpable, si no hubiese pecado de insensato. Habiendo Luis XIV enviado á Holanda en 1684 al conde de Avaux con plenos poderes para admitir á una tregua de veinte años á las potencias que tuviesen á bien asociarse á ella, habian tratado los Jansenistas, bajo el nombre de *discípulos de san Agustín*, de hacerse incluir en esta tregua, cual si hubiesen realmente sido un partido formidable, como por tanto tiempo lo fue el de los Calvinistas.»

Á la revelacion de un complot que ni siquiera se cuidaba de disfrazarse, y contra el que los Jesuitas habian tratado tantas veces de inspirarle serios temores, el Monarca, que siempre habia desconfiado de los Jansenistas, se propuso ser inexorable: habia ya tomado medidas de rigor contra los jefes de la secta, y trató de tomarlas aun mas severas. Innato en su alma el respeto á la autoridad, la veneraba en los Pontífices por conviccion piadosa y por cálculo real; pero tambien sabia hacerla respetar en su persona. Cuando el poder llegaba á debilitarse ante un ataque premeditado, allí estaba siempre dispuesto á defenderle; pero jamás fomentaba las revoluciones en los demás reinos, con el objeto de tener paz por su casa, ó de sacar un miserable provecho de las calamidades monárquicas: habíasele descubierto el secreto del jansenismo, y trató de exterminar una secta orgullosa é indócil. Entre los diversos sugetos comprometidos en el complot, segun las correspondencias cogidas en Malinas en las carteras de Quesnel y Gerberon, se hallaban dos benedictinos, Juan Thiroux y Viaixnes<sup>1</sup>, el autor del *Problema eclesiástico*, que al fin confesó su obra, los cuales fueron encerrados en la Bastilla y Vincennes. El Rey encargó en seguida á los Jesuitas que revisasen sus cuadernos para conocer á fondo sus principios: hicieronlo así efectivamente los Padres, enviándolos á la casa de campo de Mont-Luis, donde los examinó Letellier; y merced á esta circunstancia, desnaturalizada ó mal comprendida, ha podido decir Voltaire que los interrogatorios de los presos eran presentados al mencionado Jesuita.

<sup>1</sup> Era un hombre tan inconsecuente este Benedictino, que después de haber salido de la fortaleza de Vincennes en 1710, se vió desterrado de Paris, y expulsado en seguida bajo la regencia de Felipe de Orleans, en ocasion en que ya no tenian autoridad alguna los Jesuitas.

Entre los sugetos que el jansenismo habia logrado reclutar bajo su bandera, se hallaba un rector de la universidad de Paris, un hombre á quien sus elevadas virtudes y una ciencia afortunada en sus aplicaciones recomendaban á la indulgencia del Monarca: este era Rollin. Su carácter sencillo é ingenuo era á los ojos de Luis XIV un peligro mas; porque, bajo las apariencias de la honradez, podia inocular con mas facilidad el veneno de una doctrina funesta en los corazones de la juventud: sus cartas á Quesnel paraban en manos del Rey; iba ya este á dar sus órdenes para prenderle, cuando se presenta Lachaise en la real cámara. Solo este Jesuita tiene el poder de inclinar á Luis á la clemencia; solo él puede inspirar sentimientos de dulzura y moderacion á esta alma despótica: intercede en favor de Rollin, sale fiador por él, y el jefe de la universidad debe su salvacion á un Padre de la Compañía.

El jansenismo arrojaba la máscara en sus obras vivas. Habiendo pasado Clemente XI á condenar de hecho y de derecho, por su bula *Vineam Domini Sabaoth*, expedida en 16 de julio de 1705, el silencio respetuoso, que segun los sectarios agustinianos, era la única sumision debida á la Silla apostólica, el clero francés se apresuró á aceptar la referida bula, y el Parlamento la registró en sus actas. El silencio respetuoso de los Jansenistas no tenia mejor acogida que su sistema de oposicion: las religiosas de Port-Royal lo abandonaron como una vestimenta inútil; la madre Isabel de Santa Ana Boulard rehusó suscribir á la bula que aceptaban el clero y el Parlamento; y fugado ya Quesnel del calabozo, la dirigia en su rebeldía. Las calamidades que á la sazón pesaban sobre el país, los desastres militares, la vejez del Monarca, todo contribuía á reanimar las esperanzas del jansenismo. Abandonado de la fortuna, y mas grande en los reveses que en las prosperidades, oponia Luis á los golpes del destino una serenidad estóicamente cristiana: no bastando á intimidarle los enemigos exteriores, tampoco quiso retroceder ante la audacia de los de casa. El jansenismo, que habia principiado por desplegar su odio contra los Jesuitas, terminaba por conspiraciones tanto mas peligrosas cuanto que se apoyaban en sutilezas teológicas: verdad es que solo contaba con algunos sacerdotes dispersos, ó con algunas religiosas que querian vivir en el retiro; pero del fondo de esta misma soledad se veian surgir descontentos, proyectos culpa-

bles y pensamientos revolucionarios. Todo les parecía autorizado para mover escándalos; todo era legal á sus ojos desde el momento en que vislumbraban una posibilidad, aunque remota, de disturbios: resistían á todo, y á todo se sobreponían; atormentaban las leyes con la docta crueldad de los legistas, y hallaban materia apta para distinciones, paráfrasis y trastornos en lo que era de suyo mas evidente. Esta posición no podía ser duradera: las religiosas de Port-Royal habían dado la señal de las hostilidades, y Luis pidió al Papa la supresión del monasterio. Clemente XI accedió á estos deseos en la bula expedida en 27 de marzo de 1708, designando á la soledad de Port-Royal con el apodo de *nido de herejías*; apodo que hizo rechinar de cólera á Quesnel y sus adictos. «No creo, escribía, que sea menor esta blasfemia que la que cometieron los Escribas y Fariseos, atribuyendo al demonio la operación del Espíritu Santo, que expelia los demonios de los cuerpos de los posesos.» Pero á pesar de todo su encono, el Consejo pasó á declarar por medio de un decreto que en adelante no habría mas que un Port-Royal; y conservando el de Paris suprimió el *des Champs*.

«Las doctrinas de Port-Royal, dice Mr. de Balzac<sup>1</sup>, venían á ser, bajo la máscara de la devoción mas pronunciada, bajo el velo del ascetismo y de la piedad, una tenaz oposición á los principios de la Iglesia y la monarquía. Los señores de Port-Royal, á pesar de su corteza religiosa, fueron los precursores de los economistas y enciclopedistas del tiempo de Luis XV, y de los doctrinarios de nuestra época, que de todo exigen cuentas, garantías y explicaciones, al paso que abrigaban las revoluciones bajo las palabras de tolerancia y dejad hacer. La tolerancia, lo mismo que la libertad, es una locura sublime. Port-Royal era una sedición inaugurada en el círculo de las ideas religiosas, el mas formidable pedestal de las diestras oposiciones... La Iglesia y el Monarca no han faltado á su deber sofocando la hidra de aquel establecimiento.»

Ahora que los hombres pueden seguir en su curso la idea revolucionaria, esta opinión no podrá ménos de parecer justa á todos los talentos reflexivos; en el siglo empero de Luis XIV suscitó murmullos que hallaron eco en algunos escritores, cuya única política consiste en vituperar cuanto se emprende en favor de la

<sup>1</sup> Balzac, *Revista parisiense* del 23 de agosto de 1840.

Religion, de la monarquía y del orden social. Prestando cierto encanto poético á la sombría terquedad de los Jansenistas, dramatizaron su persecución; transformaron estas naturalezas atrabiliarias en otros tantos precursores y mártires de la libertad y de la ciencia, y acusaron en seguida á los Jesuitas. Quesnel necesitaba un pretexto para discutir los actos emanados de la Santa Sede; y no encontrando otro mas plausible á la mano, dijo que los discípulos de Loyola tenían en el Vaticano la pluma que le condenaba. Hacíase indispensable también exhibir al príncipe mas absoluto y mas dueño de sí mismo y de los demás como dirigido por un poder invisible, para humillar sus grandezas, y lanzar el descrédito sobre las precauciones que le imponía la seguridad de sus Estados; y sin mas, transformaron los Jansenistas en un viejo sin energía y dominado por el temor incesante del infierno al hombre que, viendo invadidas sus fronteras; escribía algunos años antes al marqués de Villars la carta mas realmente francesa: «Si no consigo obtener una paz equitativa, marcharé yo mismo al frente de mi valiente nobleza á sepultarme bajo las ruinas de mi trono.»

Puédese juzgar al gran Rey de distintas maneras; pero hay caracteres á quienes, por amor á la humanidad, no es lícito abatir jamás. Los Jansenistas solo eran por rechazo los enemigos de Luis XIV; pero este amaba, favorecía y escuchaba á los Jesuitas, y este fue á sus ojos su único crimen. Dotados de la suficiente destreza para quejarse en público con el objeto de deshonrarle en secreto, y colocándole entre madama de Maintenon y Letellier, entre una vieja y un Jesuita, creyeron haber conseguido el fin que se propusieran. Empero, la destrucción de Port-Royal-des-Champs, de esta casa santificada por medio de virtudes austeras y grandes servicios prestados á las letras, ha pasado á ser una acusación contra Luis XIV y la Sociedad, que importa poner en claro.

Ordenada la supresión de este *nido de herejías* por una bula expedida en 27 de marzo de 1708, el cardenal de Noailles, protector del establecimiento, se adhirió, de consuno con el Parlamento, á la voluntad de ambos poderes. Terminábase todo esto en el último año de la vida del P. Lachaise, quien espiró el 20 de enero de 1709; y como este Jesuita era el único á quien el Monarca conocía personalmente, al paso que consagró un profundo pesar á

su memoria, encargó á los duques de Beauvilliers, Chevreuse, y la Chétardie, cura de San Sulpicio, que le escogiesen un confesor entre los diferentes Padres cuyos nombres le había insinuado aquel al tiempo de morir. Opinando los comisionados que en las circunstancias presentes era preciso echar mano de un sujeto que tuviese mas energía que Luis, y que no perteneciese á familia alguna de título, designaron al P. Letellier, quien pasó á desempeñar sus funciones en 21 de febrero del mismo año.

Miguel Letellier, nacido en Vire en 1643, era á la sazón provincial en Francia. Dotado de un carácter ardiente, inflexible, austero consigo mismo y con los demás, formaba un contraste tal con la mansedumbre del P. Lachaise, que parecia monopolizar con antelación los hechos ya consumados. En el momento de presentarse ante Luis XIV que no le conocia, pasó este á preguntarle si era pariente del canceller Miguel Letellier: «¡Yo, señor! contes-  
«tó el Jesuita, ¡yo pariente de los señores Letellier! Nada menos  
«que eso: soy un pobre aldeano de la Normandía baja, en don-  
«de mi padre era un rentero.» Estas palabras desagradaron á los  
cortezanos, y particularmente al duque de Saint-Simon. ¡Atreverse así á confesar su origen un Jesuita que iba á disponer de la conciencia real y de la lista de los beneficios! «Pertenecía á la  
«chez del pueblo, dice el magnate jansenista<sup>1</sup>, y no trataba de  
«ocultarlo.» Esta nota, infamante á sus ojos, bastó para hacer de  
Letellier un hombre capaz de todos los crímenes: vislumbrábale únicamente á través de lo plebeyo de su cuna, y pasó á describirle tal como le soñaba su orgullo. Es verdad que Letellier había atravesado la escala rigurosa de su Instituto, señalándose hostil al jansenismo en cada una de las fases de su dilatada carrera; «pero amamantado, dice Saint-Simon<sup>2</sup>, en estos principios, y admitido en todos los arcanos de su Sociedad, merced al genio que esta había reconocido en él, solo había vivido, después  
«de su ingreso, de las cuestiones y de la historia interior de sus  
«progresos, del deseo de ascender, y de la opinion, que para con-  
«seguir este fin, nada había que no fuese lícito, nada que no se  
«debiese emprender. Carácter duro y pertinaz, aplicado sin des-  
«canso, enemigo de toda disipacion, de toda sociedad, de toda  
«distraccion, é incapaz de tomarla aun con sus mismos colegas,

<sup>1</sup> *Memorias de Saint-Simon*, tomo VII, pág. 26.

<sup>2</sup> *Ibidem*, pág. 23.

«solo tenia relaciones con alguno que otro que trataba de amal-  
«gamar sus pasiones con la que á él le dominaba. Su existencia  
«era austera por gusto y por hábito; no conocia mas ocio que un  
«trabajo asiduo y sin interrupcion, y pasaba á exigirle de los de-  
«más, sin comprender jamás que pudiese ser incómodo: su cabe-  
«za y su salud eran de hierro, lo mismo que su conducta, y su  
«natural cruel y huraño.»

Estas líneas no carecen de acrimonia; Saint-Simon, y todos los historiadores que le han seguido, se han encarnizado contra Letellier, representándole como autor de las persecuciones que pesaron sobre el jansenismo y de las calamidades que sobrevinieron al país. Sin entrar nosotros en el detalle de tantos eventos, debemos sin embargo estudiarle, y estudiar su conjunto para aclarar la materia. En el momento en que se vió encargado este Jesuita de dirigir la conciencia del Monarca, nada restaba que hacer para exasperarle contra los Jansenistas: estaban ya mas que justificados sus recelos; hallábase realizada la supresion de Port-Royal; solo faltaba sancionar la medida, y habiéndose asociado á ella el Arzobispo, habia pasado de Argenson con fecha 29 de octubre de 1709 á sacar de Port-Royal á las religiosas conduciéndolas á otros monasterios. Esto mismo era lo que ya habia intentado Luis en los mas floridos años de su reinado. En esta primera época, Arnould, Nicole, Lemaître y Sacy hubieran juzgado indigno de su causa el transformar esta soledad en un sitio de romería: creíanse bastante parapetados en sus talentos para recurrir á estos artificios de supersticion ó fanatismo; no fueron tan discretos sin embargo sus herederos. Agrupada una muchedumbre en derredor de Port-Royal á favor de milagros apócrifos y lamentaciones llenas de hipocresía, que forjaba y sostenia la cábala y la curiosidad, lloraba sobre las tumbas abandonadas, recorría las celdas desiertas, y pretendia, valiéndose de todos los medios imaginables, fomentar la efervescencia.

No queriendo consentir el Monarca, á las mismas puertas de Versailles, unas intrigas que podia hacer peligrosas la misma desgracia de los tiempos, mandó demoler aquel monasterio célebre, y sus órdenes fueron ejecutadas sin demora. Perpetuamente hostil á los Jesuitas, al par que celoso de su autoridad como todos los caracteres débiles; Noailles fue únicamente el que, en su cualidad de arzobispo, se encargó de ejecutar el decreto de proscrip-